

Existen tantas formas de visitar Galicia como cualidades posee esta región. A través de su gastronomía, su costa y pueblos pesqueros, su patrimonio cultural... Pero a lo largo de esta ruta la hemos conocido a través de las historias que esta misma tierra cuenta. No podemos saber hasta qué punto estas leyendas son reales o si la magia de la que se habla existe, pero la belleza de Galicia debe de ser cuestión de magia, pues deja hechizado a todo aquel que la descubre.

Capillas de huesos portuguesas

¿POR QUÉ ME MIRAS?

Ahora, señores, ya que somos cristianos, ya que sabemos que vamos a morir y que somos inmortales, sepamos utilizar la muerte y la inmortalidad. [...] ¿Tanto miedo, tanto temor a la muerte temporal, y ningún miedo a la muerte eterna? Muertos, muertos, desengañáis a estos vivos.

PADRE ANTÓNIO VEIRA,
SERMÓN DEL MIÉRCOLES DE
CENIZA EN LA IGLESIA DE
SAN ANTONIO DE LOS PORTUGUESES, EN ROMA (1762)

SANDRA MOREIRA

EN UN LUGAR de muerte esperas el silencio. Pero allí, entre huesos y calaveras, se escuchan sonrisas y voces de niños. Desde el día en el que entró en la Capilla de Huesos de Évora, y oyó el gorjeo de los críos de una guardería que está al lado del templo, el cura Manuel Ferreira, responsable de este monumento religioso, no volvió a permitir que se escuchara música allí. «Quiero que quien salga de aquí se lleve esta señal de vida, porque este es un lugar de vida y no de muerte», revela.

Hace años, Luis fue uno de los muchos pequeños que fueron a Évora para visitar la Capilla de los Huesos. Delante de la puerta de este templo lateral a la Iglesia de San Francisco, se quedó mirando las palabras que estaban escritas en el alféizar: «*Nós, ossos que aquí estamos, pelos vossos esperamos*» («Nosotros, los huesos que aquí estamos, a los vuestros esperamos»). Se asomó a su interior, sin pasar nunca de aquel punto. Sus compañeros ya estaban dentro. Encantados, exclamando «¡Ohhh!» y con gesto de sorpresa, se reían delante de los huesos que cubrían las paredes, las columnas y todo, hasta la jamba de las ventanas, por donde entraba la luz.

Luis se quedó petrificado. Cerca de la entrada había una calavera fijada en una columna. Su mirada se concentró en ella. «¿Por qué me miras?», pensaba. Tenía alrededor de ocho años. Hoy, ya con 54, se sigue haciendo la misma pregunta. Nunca ha entrado. Volvió con sus hijos, con amigos, pero nunca pasó de la puerta. Y siempre se quedó mirando el mismo punto desde el mismo lugar.

LEYENDAS Y VERDADES

La Capilla de Huesos de Évora es la más grande de las que existen en Portugal. Las capillas de huesos identificadas están

en Alentejo (Évora, Campo Maior y Monforte), Algarve-Faro (Sé, Iglesia del Carmo), Alcantarilha y Lagos (Iglesia de San Sebastián).

La de Évora es una de las atracciones turísticas más importantes de la ciudad. En el 2019 recibió unos trescientos ochenta mil visitantes provenientes de muchos países y continentes. En el 2020, a causa de la pandemia de la Covid-19, las visitas se redujeron a 97 000, procedentes sobre todo de Portugal y España. Cuando buscas el *hashtag* #capeladosossos en las redes sociales, aparecen 12,7 millones de publicaciones. Adjetivos como *siniestro*, *fantasmagórico*, *macabra* y *asustadora* están entre los más recurrentes en los comentarios que acompañan *selfies*, vídeos o fotos de detalles.

Susana Nogueira es una de las 14 personas que trabajan en este lugar. Técnica superior en el área del patrimonio, nos cuenta que casi no existe información sobre sus orígenes, sobre sus fuentes de inspiración y sobre cómo se levantó la capilla. «No hay nada escrito. Al comprobarlo, no extraña que no haya quedado ningún registro documental», dice. «Lo que sí sabemos es que en la primera mitad del siglo xvii la capilla ya era como la vemos hoy. Hay una descripción del cura Manuel Fialho que relata precisamente esto: que está revestida del suelo al techo con huesos de los cementerios del convento de San Francisco. No detalla cuáles», explica.

El lugar está asociado a lo que describe como «el pasado glorioso del convento», que fue el primero que se fundó al sur del Tajo portugués, en esta ciudad, cuna de reyes (en los siglos xv y xvi), y donde la vida política y cultural siempre tuvo un gran significado. «Los fundadores fueron enviados por San Francisco en 1224, año de su estigmatización. Esta es la fecha en la que se cree que se fundó el convento», cuenta, destacando, sin embargo, que se trata de otro aspecto con tintes legendarios. Las parti-

cularidades simbólicas que esto conlleva son numerosas. «De la misma manera que Jesús, desde la Cruz, eligió a san Francisco como su seguidor, san Francisco eligió el convento de Évora, en el año en que esto le ocurrió, por lo que simbólicamente el acontecimiento hubiera tenido un gran efecto», refiere. Todavía no existen pruebas de que así sucedió, ya que estos monjes del siglo XIII eran «mendigos que caminaban descalzos», viviendo «de limosnas de la población». Al pueblo le debería gustar, porque, detalla Susana, «el primer documento de donación patrimonial que existe es de 1245-1250» y «no pudieron fundar un convento de inmediato, ¿verdad? Primero tuvieron que intervenir en la sociedad local, y después la población tendría que aceptarlos y magnificar la causa».

Una de las muchas leyendas e historias que guarda esta capilla, y que encantaron a diferentes generaciones, está precisamente relacionada con los fundadores y el lugar donde se guardaban sus huesos. Nos cuenta Susana que estos, después de ser enterrados en un cementerio común, fueron retirados y tapiados «para preservarlos de los robos de reliquias». «Se perdió la memoria de donde habían sido colocados y los frailes hicieron todo lo posible para descubrirlos.» La historia culmina con una misa a san Antonio (abogado de los objetos perdidos). Mientras se celebraba, «se escuchó un estruendo y al instante se derrumbó la pared del claustro. Los huesos se revelaron y, en 1674, fueron depositados en un cofre», desde entonces conocido como «el cofre de los fundadores».

Otra de las leyendas más conocidas está relacionada con dos momias que se encontraban suspendidas en la pared lateral derecha del templo. Serían un padre y un hijo que habían maltratado a su esposa y madre. Ella, en su lecho de muerte, habría dicho que los cuerpos de ambos jamás tocarían cielo ni tierra y allí quedaron, fijados al techo. Malos ejemplos en la vida

sirvieron como señales para los pecadores de aquello a lo que se enfrentarían al morir.

LA CIENCIA COMO HERRAMIENTA DE CONOCIMIENTO Y PRESERVACIÓN

Finalmente, de estas leyendas nada ha sido demostrado. En el 2014 y el 2015 se realizaron estudios con motivo de la rehabilitación de la Iglesia. En el 2017, el Centro de Investigación en Antropología y Salud y el Laboratorio de Antropología Biológica de la Universidad de Évora de nuevo estudiaron estos lugares en campañas de conservación. Concluyeron aspectos muy distintos.

«El cofre de los fundadores» guarda diez individuos y no los tres individuos que la tradición apunta como enviados de san Francisco. Son cinco adultos de ambos sexos y cinco no adultos. También las momias son dos individuos del sexo femenino: la mayor revela evidencias de estar acostumbrada a largas caminatas y al trabajo manual. Se desprende, además, que tuvo graves problemas dentales, que pueden incluso haber sido la causa de su muerte; la más pequeña (una niña de dos años y medio) presenta señales de muerte violenta, quizás por ahogamiento, convulsiones o asfixia.

Entender lo que existe en estos lugares, y la verdad que todos los objetos y huesos cuentan, es el papel de la ciencia, que ha ganado en los últimos años una importancia determinante. No se busca solamente ofrecer un producto turístico, que indudablemente despierta la curiosidad de muchos, sino que interesa investigar y ofrecer datos que se correspondan con la verdad y ayuden a comprender las narrativas que se perpetuaron. Se trata, en realidad, de fomentar una mirada diferente.

La ciencia está trabajando en otra capilla de huesos: la de Campo Maior, villa muy cerca de la frontera con España (Badajoz). Su tamaño es mucho menor, comparado con la de Évora. Su periodo de construcción será más tardío (1766), pero impacta de forma distinta a los visitantes. Los huesos, provenientes de gente de la población que murió como consecuencia de una explosión en un polvorín (pocos niños, muchas mujeres), han sido colgados en las paredes y en un pequeño altar de un modo mucho más escenográfico. Se ven cadáveres enteros, incluso una momia de una mujer joven en muy mal estado. En una ventana, junto a la puerta principal, pueden verse muchos cráneos. Se descubrió que algunos todavía contienen el cerebro petrificado. Se limpian, conservan y reconstruyen para resolver problemas provocados por el desgaste, la humedad y el tiempo.

Mirando el altar, Fernando Mariano, arquitecto especialista en conservación que trabaja en esta intervención junto con un equipo que cuenta con una antropóloga, observa: «Las imágenes están muy bien pensadas. Pero los huesos que se utilizan se repiten muy poco. Y son de diferentes personas. No corresponden a un solo cuerpo. Aquí tenemos más trabajo de reconstrucción que de cualquier otra cosa». Explica: «fueron probablemente enterrados en fosas comunes. Los huesos que se desintegran primero son los de las manos (falanges, falangetas), así que ya no pudieron recuperarlos y decidieron traer solo huesos grandes. Utilizan, por ejemplo, costillas, en lugar de falanges, para reconstruir los pies o las manos». Repara en los detalles de todos los elementos que componen el espacio: «Tenemos cosas magníficas: ¡las cuencas de los ojos no son todas iguales! Nosotros pensamos que la carne es lo único que nos modela, ¡pero no!». Incluso los colores «claramente festivos» que se utilizaron para pintar el exterior, cuenta, revelan algo de lo

que sería la estética de la época barroca: la preocupación por el «resplendor». La ciencia nos aporta su mirada.

«SERVIRÁ DE CONSUELO PARA ALGUNOS Y DE ADVERTENCIA PARA OTROS»

Esto es lo más importante: ¿para que sirvieron estos lugares? Ante la muerte, que es lo que en ellos está representado, ¿cómo explicar que son sitios para reflexionar sobre la vida?

Hay que tener en cuenta que son iglesias. Es decir: espacios conectados con lo sagrado. Si no buscamos las claves de la comprensión de los símbolos y de la cultura de la época, nunca llegaremos a una total fruición del lugar. Así, una de esas claves es comprender el concepto de Purgatorio, un lugar que para los católicos sirve para redimir los pecados, un tercer lugar entre cielo e infierno, donde las almas suelen beneficiarse de las oraciones y piedad de los vivos. «Aquí», explica Susana Nogueira, «todo está orientado a conseguir un efecto catequético y misionero. El consuelo para algunos es este: la certeza de la vida eterna; la advertencia para otros es esta: orientarse, porque de lo contrario se hundirán hasta el fondo». Es decir, todo es un mensaje vehiculado por la estética que nos iguala en la muerte, porque los huesos, por lo menos al mirarlos, no dicen si son de reyes o mendigos, hombres o mujeres. Esta espiritualidad, tan característica del siglo XVIII, la dejó clara en sus sermones el Padre António Vieira, uno de los más grandes escritores portugueses: «Que cada uno juzgue si es mejor arrepentirse ahora o dejar el arrepentimiento para cuando no tenga lugar, ni sea arrepentimiento. Dios nos advierte». «Lo desconocido, en el fondo, es la muerte, y los humanos miramos la muerte como una especie de final cuando no somos creyentes», destaca

Fernando Mariano. Pero en la época de construcción de estas capillas, el pensamiento dominante era el cristiano. El objetivo era muy claro y estaba conectado con una espiritualidad de vida. Nuestras miradas contemporáneas sí están marcadas por un conocimiento escaso y por una necesidad de «alfabetización».

LO MACABRO QUE NO NACIÓ PARA SERLO

Lennon y Foley hablaron por primera vez de «*dark tourism*» en 1986. Hoy, esta atracción por lugares donde ocurrieron desastres, atrocidades y muerte es una tendencia del turismo que explica el número de visitantes que buscan estas capillas y sus comentarios en las redes sociales. «Solo vienen a ver los huesos», dice Susana Nogueira a modo de desahogo. Lo macabro, no obstante, es una cuestión relativa. «Si el visitante es una persona del ámbito de la medicina forense o de la antropología, esto le resultará muy interesante. ¡No tendrá ese *shock!*», comenta Fernando Mariano. «El efecto, en su momento», reflexiona Susana Nogueira, «debió de ser sorprendente, porque son huesos humanos, pero la relación que la gente tenía con la muerte en aquella época no habría sido la misma que la que tenemos hoy. Fue incluso, quizás, mucho más aterrador».

La finitud, la confrontación con lo que es la corporeidad de la muerte, es lo que nos mueve a considerar estos espacios simultáneamente atractivos y macabros, es decir, el miedo que uno siente hacia ellos es el mismo sentimiento que le hace entrar. Peter Hohenhaus, turista que visitó casi setecientos lugares de turismo mórbido en noventa países, decía en una entrevista al programa *The Why Factor* (BBC): «cuando visitamos estos lugares no estamos pensando en los demás, pensamos en nosotros mismos».

Esto último es lo que siente Luis. Pero es el mismo impulso que le lleva a quedarse en la entrada. Reflexiona, recordando la calavera que está en aquel rincón, cerca de la puerta: «No entro, porque no me quiero mirar, y no porque me mires tú», revela. «Tú y yo somos lo mismo y entre nuestras miradas cruzadas está el misterio más grande del universo: la vida y la muerte.» Por lo tanto, todo es una cuestión de mirada.